SALVADOR ESPRIU

Un volumen, en buen formato, de 335 páginas de poesía es hoy, sin duda, digno de respeto. Si se trata de un poeta como Salvador Espriu, una de las figuras más complejas de la literatura catalana actual y al mismo tiempo más avasalladoras ante las jóvenes promociones, el respeto se convierte en verdadero asombro. He aquí un volumen que no puede faltar en ninguna biblioteca "básica" de poesía. Publicada con ejemplar limpieza y sobriedad tipográfica por Santiago Alberti, esta *Obra poética* ofrece, sin embargo, accesorios de lujo: la traducción del poema "Assaig de càntic en el temple" a trece idiomas; y, precediéndola, tres prólogos: uno del mismo Salvador Espriu, un ensayo extenso, realmente esencial, de Joan Fuster y una noticia humana y bibliográfica debida a María-Aurèlia Capmany. Estas páginas liminares, no menos de setenta, sitúan al lector, incluso al especialista, en el punto preciso para comprender una obra extremadamente densa y exaltada. No pueden olvidarse.

Después de una fervorosa entrega a la prosa, Salvador Espriu comenzó en 1946, con *Cementiri de Sinera,* su dedicación a la poesía. Esta *obra poética* contiene los ocho títulos que desde entonces, a lo largo de dieciocho años, ha sometido sin desmayo a nuestra admiración: *Les cançons d'Ariadna, Cementiri de Sinera, Les hores, Mrs. Death, El caminant i el mur, Final del laberint, La pell de brau* y—un título hasta ahora inédito—*Llibre de Sinera.* Es conveniente, y hasta necesario, el conocimiento de sus prosas—novela, cuento, teatro—para afrontar sin extrañeza o titubeo su horizonte poético. Y ello, no por su diferencia de sentido. Resulta difícil, en efecto, descubrir un escritor en quien versos y prosas adquieran una coincidencia tan patética y estricta como en Salvador Espriu.

Sólo es lícito, en rigor, hablar de su "obra" o de su "creación". Se nos aparece toda ella como una poderosa red, cuidadosamente trabada, de intenciones y posibilidades. No sólo, claro está, por su severo estilo, por su recto y acre lenguaje, por su galería de nombres, situaciones y fórmulas; es decir, por su extraño atractivo externo. La unidad de la obra reside en su mismo impulso vital, orientado hacia un solo camino, el único que el escritor—y el hombre—ha proseguido con indeclinable perseverancia. ¿Qué camino? Si descubrirlo es fácil, sería empresa mucho más ardua definirlo; sólo podrá intentarse en el ámbito riguroso de una tesis de doctorado, no en el leve círculo de un comentario.

Es cierto que el mismo Espriu parece darnos una posible "clave" para entrar en su misterio poético, tan hondo como oscuro y concentrado: la de la meditación de la muerte. Pero sólo es éste uno de sus signos. Si el tema de la muerte implica, forzosamente, los del recuerdo, la soledad y la ruina, abre también las puertas a la lucha, al grito y al dolor del mundo. Problemas y vocablos se interfieren incesantemente en la obra del poeta. ¿Representa, por ejemplo, el *Llibre de Sinera* un retorno al *Cementiri de Sinera*? Todo libro de Espriu supone ciertamente la vuelta a algún mundo perdido; pero proyecta, al mismo tiempo, una frenética variación de luces. He aquí por qué la meditación de la muerte, surgida de la visión de una Humanidad condenada, sólo puede explicar

en parte el proceso de desolación, insatisfacción, ironía y amargura del poeta.

La meditación, antes limitada y doméstica, cobra a partir de su cuarto libro, *Mrs. Death,* unas dimensiones particulares, que, aunque conocidas especialmente desde el *Himne ibèric,* de Joan Maragall, habían sido casi olvidadas. Salvador Espriu recoge y multiplica la comprometida herencia. Su mundo de títeres y de presencias grotescas, tanto como su símbolo del laberinto, esencial para la penetración en su obra, sufren con *La pell de brau* una completa transformación. Si pudiéramos aludir a un Olimpo hablando de Espriu, el mito no tendría su sede en un monte coronado de nieves y truenos, sino, paradójicamente, en un risueño caserío del litoral, "Sinera", es decir, en Arenys de Mar, casa solariega del poeta: simple acrobacia de letras. O persecución de nombres propios nuevos, tan grata a Salvador Espriu.

En él había instalado el poeta su mitología pintoresca, fascinadora, burlesca o desgarrada, de personajes reales, de seres auténticos o ficticios, que pronto se nos hacían familiares, con su humor, su simpatía o su catástrofe: Secundina, Tianet, Neua, María Castelló, Esperanceta Trinquis, el Plem. De un localismo intransigente—presidido, sin embargo, por Ariadna—nacía el mito. Henos ya en los dominios de la sátira. Satíricos y epigramistas no franquearon nunca, desde Aristófanes y Marcial, los lindes de sus lares: debemos encerrarnos en ellos para penetrar en sus ángulos más codiciosos. Aun así, permanecerán en el claroscuro zonas inaccesibles, de puro anecdóticas. De esta imprecisión nacerán las dificultades para sorprender en su integridad cada una de las facetas de la obra de Salvador Espriu.

Y las dificultades aumentan al alcanzar las latitudes en que el poeta nos coloca en sus últimos libros. Todo ahora se universaliza en el tiempo y en nuestra carne. El sustrato clásico de Salvador Espriu, tan considerable, se ve perturbado por las penetraciones incesantes de otras dos literaturas: la castellana y la bíblica o hebrea. La influencia primera no es una novedad en los escritores catalanes "del 36"; la segunda era prácticamente inédita o poco explorada. De aquí las metamorfosis y las amplificaciones en los últimos libros de Espriu. Sinera pasa a ser concebida como Lavinia, nombre virgiliano—es decir, Cataluña—en la prosa de *Ariadna al laberint grotesc;* la Kolinosia—vocablo forjado, creo, por el poeta, quizá sobre el griego "konísalos" o "nube de polvo"—de la misma obra se convierte en la Shefarad de *La pell de brau,* o sea en España. Estos análisis nos llevarían muy lejos.

Sentimos ya el corazón vastísimo de la tierra, entre guerra, sangre y violencia. ¡Y cómo lo sentimos en estas palabras de Espriu, colocadas en sus maravillosos textos con pinzas asépticas! Son armas cortantes e inexorables que nos acorralan, destinadas a herir para hacer posible, a través del dolor, una última voz de seguridad y esperanza. La que nos transmite uno de los valores poéticos más importantes de la posguerra, tanto en España como fuera de ella. No es ésta una afirmación arriesgada o gratuita.

MIGUEL DOLÇ.

Obra poética. Barcelona. Santiago Alberti, 1963.